

SO
65
22.
0

Los Contemporáneos



UN SEÑOR BIEN AMUEBLADO

Número extraordinario

NOVELA POR

JOAQUÍN BELDA

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid

PILOJUBILIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



"Hojas del árbol caídas
juguete del viento son".

Si usas crema PECA CURA
y usas PETROLEO SANSON,
conservarás tu hermosura
a la par que tu ilusión.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25. 5, 8 y 14 ptas., según frasco.
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco,
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jasmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera, NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de
CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12. CAPELLANES. 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

HIPOFOSFITOS: = SALUD



DA VIDA Y
VIGOR A
LOS DÉBILES



29 AÑOS
DE ÉXITO
RECIENTE

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta
se ofrecen similares. Fíjase si con tinta roja en la eti-
queta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDELLA

UN SEÑOR BIEN AMUEBLADO

A Pancracio le parecía que las semanas no tenían ya más que un día: el lunes. Era ese el elegido por el millonario peruano para reunir en torno a su mesa a los cinco amigos y amigas más íntimos.

Se comía bien en aquella casa, se bebía mejor y, sobre todo, durante el tiempo que se permanecía en ella se respiraba esa atmósfera especial tan agradable y tan picante a un tiempo—como un baño tibio cargado de mostaza, según frase de Olímpio, otro de los comensales,—de los sitios donde se vive de un modo amplio y confortable.

Sabía cuidarse el bueno de don Carlos, y, desde luego, aquel arte para atender a todo lo que fuera regalo de su persona no era en él cosa postiza y adquirida *recién*—como diría él mismo,—sino herencia de varias generaciones de hombres comodones y regalados.

El pisito, un bajo del paseo del Obelisco, no era mayor que una sombrerera con raquitismo, pero tal y como era resultaba suficiente para un hombre que, como el hijo del

Perú, sólo medía un metro sesenta de estatura y gastaba de calzado un treinta y siete.

Lo tomó amueblado y en alquiler a una señorita muy linda, de moral mucho más amplia que las habitaciones del piso, la cual, teniendo necesidad de ausentarse de Madrid por un año, lo cedía en buenas condiciones. Como don Carlos sólo pensaba estar en Madrid los meses de invierno, tenía tiempo de sobra.

La primera vez que entró Pancracio en aquel saloncito vecino al recibimiento, sintió cierta alarma ante la fragilidad de los muebles; muy bonitos, muy elegantes, pero muy débiles; pertenecían a esta clase de muebles modernos de Madrid, que parecen fabricados con palillos de dientes, y en los cuales se deja uno caer siempre con cierta tímida precaución.

Las sillitas, sobre todo, parecían como vistas en el haz luminoso de unos rayos X, sin más silueta corpórea que la del esqueleto. Cada vez que el peruano decía a su visita, en aquel tono meloso de que rodeaba

siempre sus palabras: "Siéntese..., siéntese..., amigo, si es su gusto". Pancracio obedecía como quien espera oír de un momento a otro el crujido de unas astillas que se parten y la carcajada con que los demás acogieran seguramente el batacazo inevitable.

Cada lunes, el joven, al entrar en la casa, recibía una sorpresa agradable: hoy era el perchero del recibimiento, una cosa seria con sus gruesas barras de metal dorado, sobre las que podían dejarse abrigos y capas con toda tranquilidad y que había venido a sustituir a la primitiva ridiculez del mueblecín de junco y ganchitos enanos en los que un día provocó una catástrofe de hundimiento el abrigo de pieles—¡muy oso hormiguero!—de Bastián Santomera, el joven poeta de las melancolías. Otra semana fué un magnífico diván entre árabe y persa que, si era cierto que ocupaba casi todo el ámbito del saloncito, daba en cambio a éste un matiz de comodidad desconocido hasta el momento, invitando a las largas charlas insustanciales en que parece que los temas no se agotan, pero se varían hasta el infinito.

Y en el de hoy, al llegar la hora sagrada de pasar al comedor, Pancracio estuvo a punto de desvanecerse de emoción: la primitiva mesa de madera clara, en la que sólo a fuerza de mutuas renunciaciones podían acomodarse los invitados de los lunes, había cedido el puesto a una gran mesa de caoba, maciza, oscura, puro estilo Imperio, y sobre la cual parecía que los manjares sabían mejor.

Por lo menos, Pancracio comió esta noche con más apetito que las anteriores. Acaso fuese por aquella seguridad que hoy tenía de que los platos no iban a derrumbarse por tierra con estrépito a lo mejor de la comida y a poco que las frágiles patitas del mesín anterior se resintiesen en su propia debilidad.

Con poca variación, los comensales eran siempre los mismos. Pancracio, que podía llamarse el introductor de embajadores, pues era el que había presentado al dueño de la casa a los demás; Bastián Santomera, el joven poeta siempre melancólico y siempre perezoso, que construía un soneto cada doce meses, y que aquí en el comedor del peruano, era un tigre para la ternera a la *Perigoud*. Olimpio, joven sportman que vivía de sus rentas—unas setenta y cinco pesetas mensuales—y que representaba en la reunión el elemento legendario: porque en la vida de Olimpio había un capítulo de tragedia: cierta noche de enero había-se tropezado en la escalera de una casa de la calle de Goya con el marido de una señora a quien el joven subía a visitar, y el hombre, que llevaba una temporada ardiendo en sospechas, después de pedir rápidamente una explicación, que el atolondramiento de Olimpio no supo dar, la emprendió a bastonazos con el mancebo, y le hizo bajar en cuatro pies a la calle, no dejándolo hasta la primera parada del

travía. La aventura dió a Olimpio una tremenda fama de seductor entre las damas de la corte, que veían en él a uno de los herederos del abintestato de Tenorio.

Por lo general no eran otros los representantes del sexo feo que don Carlos sentaba a su mesa. En cuanto al otro, al bello, solían ser dos o tres ejemplares que honraban con su presencia la reunión.

Uno de ellos variaba casi todas las semanas; don Carlos era un fervoroso de la frase del señor D'Anunzio "diversidad, diversidad, sirena del mundo", y a ella se atenía para el cultivo de su propio corazón.

El peruano, nieto al fin de españoles, era un romántico, y, como tal, necesitaba tener siempre el alquila bajado en materia amorosa; eso de *nuestra dulce compañera*, no lo consideraba él como una frase vacía de sentido, y cuando en su casa, o fuera de ella, le daban las diez de la noche solo, considerábalo como cosa de mal agüero.

Esto quiere decir que don Carlos, desde que unos meses antes había llegado a Madrid, tenía siempre una amiga fija, a más de las eventuales que, en mayor o menor número, le acompañaban casi a diario. Pero también era cierto que la citada amiga, así fuese más bella que la Venus del espejo, y más buena que un puding, no duraba arriba de siete días al lado del peruano.

Periódicamente, con una periodicidad de calendario, el simpático varón experimentaba la necesidad de cambiar de postura y... cambiaba.

Una de las vestales de ese fuego un poco fatuo, la Marciala, después de haber desempeñado durante la semana que le correspondió el papel de favorita, había tenido la habilidad de quedar con su dueño de siete días en plan de amiga, y cultivaba esta poética amistad convidándose a los agradables guateques de los lunes.

La Marciala, guapa ella, alta ella, morenaza ella, más que mujer resultaba un frasco de botica. Decimos esto por el exagerado olor a éter que exhalaba siempre su persona, y que, si al principio resultaba agradable, terminaba por perturbar el sentido como una obsesión.

Pancracio, cuando tenía la suerte de caer en la mesa al lado de la simpática loquilla, creía estar mascando éter durante toda la comida. La cosa resultaba un poco original, pues él no había comido nunca, por ejemplo, langostinos con éter, ni aun en las horas de sus grandes borracheras.

Fuera aparte de Marciala, las otras dos comensalas,—¡por Dios, que no es verso, ni aun en asonantes!—variaban siempre, aunque sin salir para su recluta de ese mundo especial que los franceses llaman medio mundo, acaso con un poco de pesimismo: muchachitas que se ganaban honradamente la vida cantando en algún escenario de varietés y de eso vivían, o por lo menos, de las consecuencias de eso. ¡No hay que ser mal pensado!

Pancracio encontraba aquel ambiente muy de su gusto: tanto como los platos que el americano hacía desfilan por su mesa. Se gozaba allí de una libertad para la conversación que

hubiera sido absurda en la Academia de Jurisprudencia, por ejemplo.

En el comedor del peruano, muy íntimo, tanto que para sentarse a la mesa había que enganar a las paredes, parecía uno estar en su propia casa, con una indiscutible ventaja sobre el domicilio propio: y era que no había que estar como en éste con el oído en el timbre de la puerta, o con el alma pendiente del hilo de la campanilla, que a lo mejor sonaba para anunciar la llegada de algún acreedor o de cualquier sablista.

Pancraccio, cuando aquí en casa de don Carlos oía llamar a la puerta, experimentaba esa misma sensación de complacencia espectacular y egoísta con que vemos declararse un fuego en casa del vecino, muy seguros de que la oportuna intervención del cuerpo de bomberos no permitirá que las llamas lleguen a lamer nuestra vivienda.

Y, sin embargo, un lunes en la noche...

Ello ocurrió hacia mitad de la comida y en el momento en que Pancraccio, ya a medios pelos, se disponía a separar de la bandeja que el criado le presentaba, su parte correspondiente de un magnífico timbal de macarrones.

—Pancraccio, sin darse cuenta, en estos repartos se quedaba siempre con la parte del león.

Para él, el timbal era un instrumento muy simpático. Cuando en los toros oía sus redobles majestuosos y un po-

co atropellados, ya fuera para cambiar la suerte, ya para dar un aviso al matador, experimentaba la misma emoción lírica que si le leyese un párrafo de Bossuet. Pero si el timbal era obra culinaria, y si su contenido era de macarrones, entonces ya el lirismo se trocaba en angustia emotiva.

Hacemos esta divagación para que el lector se percate de cuál era el estado de ánimo de nuestro amigo en el momento en que sonó el timbre de la puerta del piso bajo que don Carlos del Perú provisionalmente habitaba.

Decir que Pancraccio oyó el sonido como quien oye llover, sería faltar deliberadamente a la verdad, pues hay veces en que la caída de la lluvia se oye con mucho más interés del que puso el joven comensal en este caso.

El criado de don Carlos, cocinero, valet de chambre y galeoto, todo en una pieza, había salido a abrir y volvió al poco rato.

Con un poco de extrañeza por parte de todos, y con verdadero asombro del interesado, el sirviente se dirigió a Pancraccio.

—Señorito, ahí le buscan a usted.

Un haz de macarrones que acababa de penetrar en la boca del interfecto y que dejaba aún balancear al aire sus cabos larguísimo, empezó a temblaquear como un plumero movido por el viento.

—¿Qué dices, hombre?

—Que preguntan por usted.

—¿Por mí? ¿Estás seguro?

—¡Ya lo creo!

Los comensales creyeron del caso obsequiarle con unas ligeras bromas.

—¡Vamos, hombre!

—Alguna dama, sin duda.

—Pero cómo te asedian.

—La verdad es que no te dejan ni comer.

—¡Eres terrible!

—Pero, ¿qué las das?

El criado sonreía malicioso.

—Bueno, pero ¿quién pregunta por mí?

—Unos señores.

—¡Ah, vamos!

Pancracio, por la fuerza de la costumbre, instintivamente, hizo unas flexiones de brazos mientras preguntaba al criado:

—¿Cuántos son?

—Tres.

Se puso de pie, descolgóse la servilleta de la pechera, y guardándose con disimulo en el pantalón un cuchillo,—hay que decir en su descargo que el puño era de plata legítima—salió del comedor.

Los incidentes de la lucha por la vida no encerraban sorpresa alguna para Pancracio; estaba habituado a ellos, pero, por lo mismo, gustaba de que no le cogieran desprevenido.

Por lo mismo, se había guardado el cuchillo y no por ánimo de lucro, ¡vive Dios! Era simplemente que había recordado aquellos versos del cuarto acto del Tenorio:

“...mas si es
un traidor que hasta mi quinta
me viene siguiendo el paso,
hálleme, pues, por si acaso,
con las armas en la cinta.”

Al llegar al recibimiento vió tres señores, muy graves, a los que no re-

cordaba haber visto en su vida, ni retratados en el *Mundo Gráfico*.

Recobró la tranquilidad. Menos mal; no eran acreedores. Hizo una inclinación de cabeza que aquellos catafalcos acogieron con marcada frialdad.

—Ustedes dirán, señores.

Habló uno de ellos.

—¿No está don Pancracio Ansúrez?

—Servidor de ustedes.

Se miraron los tres como si se les quisiera hacer víctimas de una chufia de salón.

Uno de ellos, que hablaba con ese acento recortado y categórico del industrial de los barrios bajos, le replicó:

—Entonces es que hay dos.

—¿Dos qué?

—Dos Pancracios.

—Naturalmente. Y muchos más. No tengo la pretensión de ejercer el monopolio del nombre.

—Sí, pero... dos Pancracios Ansúrez, ¡ya es raro!

—Y lo es más—arguyó otro del tercio—que los dos vivan en la misma casa y en piso homónimo.

Esto de *homónimo* quería decir en el mismo piso; para aquel hombre, el castellano no tenía secretos.

Pancracio no sabía qué pensar.

—¿Cómo dos?

—Dos. Sí, señor: no le quepa duda.

—Porque usted no es el otro.

—¿Qué otro?

—Eso está muy claro.

—Pues no entiendo una palabra.

La cosa tomaba un giro de diálogo de juguete cómico que, al bueno de

Ansúrez, comenzó a azorar. Comprendió la necesidad de cortar como fuese aquella situación, y dijo, ya un poco molesto.

—Bueno, pero de mí o del otro, ¿qué es lo que querían ustedes?

Un ruido de carcajadas y cristalería que llegaba del comedor cortó en flor la contestación que uno de los visitantes se disponía a dar.

—Por lo que vemos no está usted solo...

—No, señor, gracias a Dios.

—Entonces será mejor que volvamos otro día.

—¿Aquí?

—La cosa, después de todo, no tiene una urgencia de horas.

—Pero es que no me encontrarán ustedes.

—¿Nunca?

—Casi nunca: como que yo no vivo aquí.

Se miraron los tres como individuos que empiezan a reposar de una larga fatiga.

—¡Ya decíamos nosotros!

—Mejor es que yo les busque donde ustedes me digan—propuso Pancracio, que ansiaba volver cuanto antes a su timbal de macarrones.

Nueva consulta con la mirada de los tres pelmazos.

—Sí, eso es lo mejor—dijo por fin uno de ellos.

Tiró de cartera y extrajo de ella una cartulina grande que puso en manos de Pancracio mientras le decía:

—Le aguardamos cualquier día de esta semana.

Y se despidieron.

Pancracio leyó la tarjeta; decía así:

“Medina, Balcórba, Saturrarán y Compañía. Almacenistas de muebles de época y de los otros. Al contado y a plazos. Grandes almacenes: Puente de Toledo, 68.”

En el Real hacían Manón aquella noche.

Mejor diríamos que la deshacían. Los intérpretes de la joya inmortal de Massenet, aparte el tenor, que era un divo consagrado por los clarines de la fama, resultaban unos cantantes de orfeón de pueblo, que además padecían anginas.

La tiple era una dama muy grande, muy gorda, con cara de pichón en celo, que no cantaba mal, pero que no sentía: las desgracias y calamidades de la heroína de Prevost, resbalaban por su epidermis como si, en lugar de ocurrirle a ella le ocurriesen a una amiga con la que no se llevase muy bien. En cambio vestía de un modo explosivo e injurioso con trajes que recordaban a la paella por la viveza y variedad de sus tonos. Sin adularla se podía decir que más que Manón resultaba Manazas.

El padre de Des Grieux era una especie de tabernero con melenas, y el travieso Lescaut un cabo de la brigada topográfica al que se le hubiera subido el rancho a la cabeza.

A pesar de todo a Pancracio y a la mayoría del público, la música le sonaba a mieles. Pasando por encima

de los cantantes como por sobre un puente que cruzase un abismo, el auditorio celebraba la belleza de los giros melódicos, el brio pasional de ciertas frases y la hermosura pentélica de las piernas del tenor, que al cambiar de medias para cada acto, daba una impresión de arco iris completamente atufante.

Pancracio Ansúrez era un fanático de Massenet; se sabía de memoria sus óperas, libro y música, de manera tan perfecta como si él mismo las hubiera escrito. Sugestionado por su propio entusiasmo llegaba a creerse en efecto que él mismo fuese el autor, para todo menos para cobrar los derechos de representación.

Había momentos en *Manón* que le producían una sensación tan fuerte, que se transformaba en violento dolor de cabeza como los que atacan a los wagnerianos fervorosos cuando escuchan las páginas cumbres del maestro. Pancracio, que no admitía bromas con esto de las cefalalgias, al llegar al entreacto corría al buffet y se atizaba unas copas de cognac.

La frase del tenor en el primer acto, "io non ti vidi mai, eppure, intro all mio cuore da lusigo tempo siate", la de ella en el segundo "addio il nostro piccol tetto" y la del partiquino en la casa de juego, "fate gioco signor", le hacían al joven lagrimear de emoción como si asistiese al sepelio de una persona querida.

Pero el momento gigante de la partitura, la hora lírica y sentimental de la noche—¡con un lirismo y una sentimentalidad que alteraba las pulsaciones!—era el acto de San Sulpicio.

Recuérdalo lector. El joven caballero Des Grieux, demasiado joven para saber tratar a una marchosa como Manón, ha sido abandonado por ésta de un modo bochornoso: acaba de ser víctima de una de esas gatadas que tanto gustan a las nietas de Eva desde que el mundo es mundo. Y entonces el pollo, desesperado, sumido en el dolor, decide abrazar la carrera eclesiástica. La cuestión es abrazar algo, que dijo el otro.

Claro, que si Des Grieux, en vez de vivir cuando vivió, lo hubiera hecho en nuestros días, en vez de meterse cura se hubiera marchado a la Argentina. Sabido es que hoy en día todo el que sufre un duro fracaso amoroso o económico se marcha a Buenos Aires; aquello está lleno de novios calabaceados y de ricos arruinados. Y, sin embargo, Buenos Aires es la ciudad más alegre y más rica del mundo: ¿Por qué será?

Pero ¡en fin! lo cierto es que como en los tiempos de Des Grieux aún no estaba de moda el viaje a América, éste no se marchó. Hizose cura y en el momento en que se presentaba al público acaba de pronunciar su primer sermón, ¡unas beatas muy grotescas le aguardan en la sacristía para felicitarle y él, con un gesto muy expresivo, les hace ver que no está el horno para bollos, y que no molesten. Se van las beatas y sale el padre del nuevo predicador — el tabernero con melenas.

Los hay oportunos. Porque el buen anciano viene a decir a su hijo que todo aquello del sacerdocio y de los sermones le parece un camelo, y que

lo que debe hacer es casarse y tener un hijo. El gesto con que el joven acoge la divertida propuesta del padre no es menos expresiva que el que antes dedicó a las beatas; al fin el aplaudido autor de sus días se convence de que no es por allí y se va por el fondo.

Y entonces llega el gran momento.

—Estoy solo. Solo al fin—dice el muchacho.

Y lo dice dando un gran suspiro, como quien se ha quitado un peso enorme de encima. Se ve que el futuro padre Calpena paladea la voluptuosidad de estar solo después de un rato de compañía de unos pelmazos.

• “Mejor solo que mal acompañado”, dice el refrán, y dice una verdad como un templo: como el templo de San Sulpicio por lo menos.

Y al verse como un hongo, el joven tenor expresa toda su amargura con las frases musicales más inspiradas de la obra. Aquí la inspiración, el genio de Massenet se desborda, en un alarde de sentimentalismo nada cursi que lleva lágrimas a los ojos del auditorio. Aquella melancolía del “O disparición...” en la que el abate llora y suspira por el bien perdido, maldiciéndolo con lamentos en los que se ve la nostalgia de la alcoba, tiene como virtud suprema la de la sinceridad: no engaña a nadie.

Porque a través de sus renunciadas, por encima y a pesar de todas sus imprecaciones a la ingrata, se ve, se palpa, que Des Grieux, voluptuoso perpetuo... está dispuesto a volver a las andadas todas las veces que ella quiera.

Como, en efecto, vuelve a los pocos momentos.

A Pancracio era ésto lo que más le conmovía en las tristezas del acto de San Sulpicio. La seguridad, que latía en el fondo de todas las maldiciones del abate, de que todas sus abstinencias no eran más que una cosa provisional, algo así como un descanso en la pelea, para volver después de él a revolcarse con más fuerza.

Muy humano; y al joven Pancracio las cosas humanas en arte tenían el privilegio de enloquecerle de entusiasmo. Por eso para él, este momento de la obra maestra de Massenet era un momento de grandes deliquios, de arrobamientos inefables, rayanos en el éxtasis... Y al bajar el telón después del *io t'amo* rugido por los dos amantes, eran tres las copas de cognac que había de soplarle si no quería ir derecho a la parálisis cardíaca.

Bueno, todo ésto había ocurrido las otras noches en que se había representado *Manón*, porque lo que es en la de hoy...

Desde que empezó el acto Pancracio venía sintiendo en sus orejas un mosconeado asaz molesto; era como si dos abejorros zumbadores se hubieran aposentado en la parte superior de sus pabellones auriculares y desde allí, a través del cerebro del joven, mantuviesen una bizarra discusión filosófica.

Porque se trataba de una discusión; los dos vecinos de las butacas posteriores a la de Pancracio eran por lo visto dos dialécticos de los que profesan el principio de que de la discusión sale la luz... y, como la sala que-

daba medio a oscuras al alzarse el telón, querían iluminarla a su modo.

Al principio el joven no oía más que el rumor de las palabras y frases sueltas, imposibles de hilar entre sí; pero más tarde el ruido se fué concretando y pudo saborear a placer todo el diálogo.

Era en efecto un diálogo jugoso, lleno de contenido, del cual el mismo Platón acaso hubiese tomado modelo para uno de los suyos.

—¡Que no, hombre! No seas cabezota.

—Seré lo que tú quieras, pero te digo que sí

—¡Bueno!

—Mira: fijate bien: es el mismo tamaño, el mismo color, la misma forma...

—No creo que no pueda haber dos muebles iguales en el mundo.

—Ah, claro...

—El que ha hecho ese reclinatorio puede haber hecho doscientos iguales.

—Evidente, pero...

—Todo esto se arregla subiendo al escenario, ahora cuando acabe el acto, buscando al mueblista y rogándole que nos saque de dudas.

—A mí me da vergüenza.

—A mí no.

—Bueno, y después de todo, ¿qué más da? Sea o no sea ese el reclinatorio que yo vendí hace dos semanas, a mí no me quita el sueño.

—¡Toma, ni a mí tampoco!

—Pues entonces...

—Es verdad.

Se producía una tregua: Pancracio respiraba y se dedicaba a saborear las quejas amargas del tenor.

“Se vuotar
io dovea
del duol la copa amara...”

Pero el rum-rum anterior quedaba en sus oídos como una obsesión: se distraía sin querer.

Indudablemente los dos socios de la fila de atrás estaban hablando del reclinatorio colocado a uno de los lados de la escena y que servía para que Manón se arrodillase en él a pedir perdón al cielo, y para que su amante se agarrase al mueble como a un cable, en los momentos en que la seducción de ella corría el riesgo de dar al traste con la virtud del joven presbítero.

No podía tratarse de otra cosa, pues en la escena no había más trastos que el reclinatorio aludido; mal andaba de mobiliario la sacristía de la iglesia de San Sulpicio: cualquiera diría que al rector del Seminario se le había olvidado pagar el inquilinato aquel trimestre, y los agentes ejecutivos se habían echado encima, y en una razzia de embargo, habían arramblado hasta con las escupideras.

El mueblecillo era en realidad insignificante, y no valía la pena gastar saliva hablando de él. Pero, por lo visto, no opinaban así los vecinos de butaca de Pancracio.

Porque la tregua no había sido más que una cosa fugaz. Uno de ellos volvió muy pronto a la carga:

—Ahora sí que estoy completamente seguro.

—¿Qué dices?

—Ese reclinatorio... ¡parece mentira, que no te acuerdes! es el que te-

níamos en el rincón del segundo piso, entrando a mano izquierda del alma-cén del Paseo de los Ocho hilos.

La convicción del otro pareció vacilar ante aquella lluvia de detalles.

—Es posible que tengas razón.

—¡Vamos hombre! Lo que yo digo es un frito.

—Oye y... ¿en cuánto lo vendiste?

—En ochenta pesetas.

—¡Eres un cangrejo!

—¡Sí, verdad, rico!

—¡Claro!

—¿Sabes lo que nos costó?

—¿Cuánto?

—Diez y ocho reales. Se lo compramos hace un año a un cura de la calle del Olmo que quitó la casa porque se murió de una pulmonía.

—De todos modos, siendo para un teatro, se han podido sacar veinticinco duros por él.

—¡No sueñes, hombre. ¡Veinticinco duros...! Te advierto que no tiene música.

—Ya, ya...

No era posible abstraerse. Pancracio llegó muy pronto a interesarse en la discusión como si él hubiese sido el propietario del reclinatorio y lo hubiesen engañado en la venta. Habían desaparecido para él la escena, el temor y los lamentos apasionados con que pretendía conmover al cielo. Para Pancracio no existía ya más que el reclinatorio, como un punto fijo en el espacio que atrayese toda su atención física y moral.

Sentía ganas de levantarse también él al terminar el acto; incorporarse a los dos discutidores y subir con ellos al escenario para salir de dudas.

Cuando acabó el acto y se hizo la luz en la sala, el joven se volvió a ver los rostros de los dos dialogantes.

¡Qué coincidencias hay en la vida! Eran dos de los tres señores que pocas noches antes se habían presentado en casa del peruano preguntando por Pancracio.

Este, descuidándose un poco, aún no había ido a verlos, según convinieron.

Iría—se lo prometía solemnemente a sí mismo,—al día siguiente.

La novedad mobiliaria que este lunes encontró Pancracio al llegar a casa de D. Carlos el peruano para la comida semanal fué un gramófono de caoba con adornos de metal dorado.

Lo habían colocado en uno de los ángulos de la salita de recibir, junto al balcón y parecía, con la enorme fauce abierta de su bocina gigantesca, querer tragarse a todo el que entrase en la habitación. A su lado, como las municiones dispuestas a alimentar un cañón monstruo, había una gran fila de discos en tamaños diversos.

Pancracio era un apasionado del gramófono. Los dicterios humorísticos con que una parte de la gente de letras se cree en el caso de zaherir a este aparato jocundo, le parecían una cosa tan insincera como una visita de pésame.

Aparte la admiración por lo prodigioso del invento — eso de encerrar una cosa tan alada como la voz hu-

mana en un disco para la eternidad, no es ninguna pochez,—le encantaba la facilidad de poder escuchar a sus artistas favoritos sin necesidad de vestirse, marchar hasta el teatro y soportar el suplicio de los entreactos.

Estaban solos el dueño de la casa y él, por no haber llegado todavía los demás comensales.

Pancracio empezó a curiosear la colección de discos. Los había estupefactos; no había sido tonto al elegir el peruano, como no lo era en ningún acto de su vida. Caruso ¿cómo no? era el que más abundaba: el genial barrigudo de la voz de bronce lucía allí la mayoría de su repertorio, que es el más extenso de cantante alguno. Titta Rufo, Bonci, De Lucia, Battistini... De damas muy pocas: la Barrientos y algún disco de la Alda. Hasta en eso había estado acertado el comprador, porque la voz de las señoras en el gramófono resulta casi siempre como si a sus poseedoras las estuvieran extirpando un raigón.

—Vea, vea—le decía con su voz suave don Carlos;—hay de todo. Yo, que los he oído a casi todos de viva voz, he de gozar mucho oyéndolos.

—¿Ponemos algunos?

Pero en aquel momento sonaba el timbre de la puerta. Iban llegando los comensales, y como entre ellos había algunos—ellos sabrían por qué—que padecían la fobia del gramófono, y además hacía un hambre horrible, hubo que suspender la audición.

Pero terminada la comida, y la sobremesa, que era en aquella casa lo más sustancioso, don Carlos y Pancracio se pusieron de acuerdo.

—Entonces, mañana a las tres le espero.

—Muy bien.

—Tomaremos café y unas copitas, y nos estaremos oyendo discos hasta las nueve de la noche.

—¡Magnífico!

—¡Vaya un empacho!—dijo Olimpio, cuyas aficiones líricas iban por el lado de Debussy.

Bastían pidió permiso para adherirse a la fiestecilla. El era de los buenos, de los clásicos: el *bel canto*... bien cantado, le parecía por lo menos tan digno de aprecio como las modernas latas de la música cubista.

Pancracio pasó la noche y la mañana siguiente regodeándose con el festín de oído que se iba a dar. El tenía también un gramófono en su casa, pero la colección de discos era modesta, que en fuerza de repetir los que más le agradaban había llegado a tomarles un poco de asco.

A las tres y cinco minutos llamaba la puerta del piso de don Carlos.

Había dejado de tomar su café habitual por darse el placer de saborearlo con música, y sentía la necesidad de hacerlo pronto para evitar la flojedad que le acometía al no hacerlo inmediatamente después de las comidas.

Entraba en la casa al mismo tiempo Bastían. El peruano, enfundado en su pijama, les esperaba ya con todo dispuesto.

Era una puntualidad a la inglesa, lo mismo en los que llegaban que en el que los recibía. En el saloncito, y sobre una mesa no muy grande, había tres tazas y una cafetera rusa con la

mecha encendida; unas botellas de ron, cognac y crema de menta servían de escolta con un mundo de ilusiones regocijantes albergado en sus vientres.

La estufa estaba encendida y el tono general de la habitación era el más propicio para pasar unas horas de suavidad muy agradables, olvidándose un poco de las penas que como guijarros puntiagudos en medio del camino, martirizan el diario deslizarse de la existencia.

—¿Empezamos?

—Usted manda, generoso amigo.

—Pues vamos allá.

—Vamos.

—Primero el café.

Cayó el chorro espumeante por la boca de la cafetera dejando escapar un aroma que él solo confortaba el espíritu.

—El ron ha sido siempre el mejor compañero del café. Son casi paisanos.

—¡Vaya por el paisanaje!

Don Carlos empezó a trastear en la pila de los discos.

—Empezaremos por Tamagno.

Y, cogiendo uno, mientras lo colocaba en el aparato, se creyó en el deber de contar la historia, como aquellos antiguos explicadores de cine que contaban al público lo que poco después iba a ver en la pantalla.

—Estos discos los impresionó Tamagno cuando ya había cumplido sesenta y cuatro años; si se descuida un poco no coge el maravilloso invento, y su voz se hubiera perdido como se perdió la de Gayarre y la de tantos otros.

—Ya, ya...

—Oyéndolo aquí puede uno darse cuenta de lo que sería en sus buenos tiempos el tenor de voz más grande que ha existido. Si esto hacía cuando viejo...

Y puso en marcha el disco.

Era el *addio sante memorie* de Otello. La voz era llena, metálica, amplia; pero, desapasionándose un poco, se notaba en ella, sobre todo en ciertas notas, ese color turbio de la voz de los viejos cuando se enfadan, y que es el mismo que nubla sus ojos como si los bañase el alcohol.

Los agudos no eran más que un recuerdo. A Tamagno, en el gramófono, se le veían las arrugas, como se le ven a una dama de cierta edad por debajo de los primores del estuco.

Sin embargo, gustaba oírlo, tanto que el disco se repitió a petición de los oyentes.

La *Pira*, del *Trovador*, y el *Himno*, del *Profeta*, vinieron después. Don Carlos, ante este último, desbordaba de entusiasmo.

—¡Es maravilloso! Aquí ya no es sólo la potencia de la voz: es también el buen arte del cantante. Fíjense ustedes...

Y como si fuese él quien estuviese cantando, iba señalando cada frase de la pieza, gesticulando mucho, accionándola, como para darle más vigor. Tenía razón: aquello no era ya sólo el alarde de voz, era arte, buen gusto, sentido del matiz.

Entre la emoción producida por el artista y el optimismo que el café y los licores habían comunicado a todos, el entusiasmo acrecía. Se pre-

sentaba bien la tarde. Porque aún quedaba lo mejor de la colección: aquellos maravillosos discos de Caruso, que eran como un regalo de los dioses.

De pronto la voz de Tamagno se veló para enronquecerse en seguida. Era como si cantase un artista distinto, uno de esos bajos aficionados a las bebidas alcohólicas que parece que cantan siempre en el interior de un baúl.

Hubo un gesto de asombro en los tres.

—Eso debe ser que le falta cuerda—dijo el dueño de la casa.

Y, en efecto, eso era.

Don Carlos, sin parar el disco, agarróse a la manivela como el náufrago se agarra al extremo de un cable que ve sobrenadar en medio de las aguas. Parecía que estaba obsequiando a sus visitantes con un concierto de piano de manubrio.

La voz del gran tenor fué aclarándose con rapidez hasta llegar a su timbre normal; era como si un agonizante, gracias a unas inyecciones maravillosas de suero vital, recobrase de pronto la vida con la misma pujanza de antes.

El artista decía ahora la gran frase "Re d'il cielo e dei beati..." De pronto sonó un estampido formidable en la habitación: era como un trueno mecánico, como un resorte que saltase.

—¡Caray!

—Pues eso no lo ha hecho Tamagno—dijo Pancracio.

—Es un ruido poco armonioso.

Instintivamente tuvieron todos la

rápida visión de la catástrofe. El ruido había dado perfectamente la sensación de cosa irreparable.

Don Carlos, que no había soltado el manubrio, lo notaba ahora en sus manos como una cosa fofa, desarticulada, como un brazo dislocado por la violencia de una caída. El disco siguió girando aún unos segundos: Se oyó todavía la continuación de la gran frase "...io diró tue lodi ognor". De repente calló. El agonizante no había recobrado su energía más que de un modo ficticio, para morir en seguida de un modo definitivo.

Pancracio se puso en lo peor.

—Eso es que ha saltado la cuerda.

El dueño del aparato protestaba. La cosa le parecía demasiado cruel.

—Pero si no es posible. Un mecanismo nuevo...

—Es que se le ha calentado a usted la mano dándole vueltas, mi querido don Carlos.

Y el peruano quiso convencerse. Abrió el tubo del diafragma, quitó el disco y, dando vueltas a unos tornillos, levantó la parte superior de la caja del aparato como quien abre una lata de sardinas. Todo el complicado mecanismo del artificio siguió a la tapa: la máquina estaba adherida a su cubierta superior, y en el fondo de la caja no quedaba ahora nada.

Los tres se acercaron a mirar con esa curiosidad que inspiran las monjas de una clausura, la maquinaria de un reloj y, en general, todas las cosas ocultas de ordinario a las miradas del público.

¡Nada! Aquel mecanismo podría estar herido de muerte, pero para ellos,

profanos en estas cosas, resultaba algo perfecto en medio de su complicación, con sus piecitas perfectamente engrasadas, su brillo de locomotora diminuta y su firmeza de organismo sano y seguro de sí mismo.

Don Carlos tocaba aquí y allá, ponía en marcha una ruedecita, impulsaba un resorte... con esa inconsciencia del niño que se encuentra ante un mundo nuevo. A veces el aparato gastaba una broma: obedeciendo a un toque determinado se ponía en marcha como si nada le hubiera ocurrido. El peruano sonreía satisfecho: bajaba la tapa, volvía a poner el disco sobre el redondel y colocaba el diafragma en su sitio.

Eran unos pasos vacilantes, unos jipíos tímidos...; en seguida, y apenas el paso del disco gravitaba de lleno sobre el aparato, surgía de nuevo la panne.

—¡Esto no tiene remedio!—decía Pancracio, bañándose en melancolía.

Don Carlos, sin querer renunciar del todo a la esperanza, tornaba a la faena. Alzaba la tapa, trasteaba de nuevo...

—El caso es que yo aquí no veo nada roto.

Pero al cabo de un rato hubo que rendirse a la evidencia. Abandonó sus manipulaciones, dejóse caer en un sillón, y, mirando muy compungido a los dos amigos, les dijo:

—Esto no lo arregla más que un mecánico.

Lector, ¿no has tenido que renunciar nunca a una ilusión después de tenerla al alcance de la mano? ¿No has tenido alguna vez que levantarte de la mesa gracias a un recado urgente, después de haber leído todo el menú y haberte colgado la servilleta a las sisas del chaleco? ¿No te has vuelto desde la puerta de un teatro por haberse suspendido la función...?

Seguro que, por lo menos una de esas cosas te habrá ocurrido. Pues la amargura de todas ellas juntas, y al una dosis más, era la que embargaba el ánimo de Pancracio ante la repentina catástrofe.

Porque, para él—y un poco también para sus otros dos amigos—aquel resorte que había saltado de una manera tan inoportuna revestía todo el aspecto de una cosa catastrófica.

¡Adiós tarde feliz! ¡Adiós ilusiones de saborear aquellos discos, que estaban allí, burlándose de ellos en su inutilidad forzada!

Si se les pudiera hacer sonar como una guitarra sólo con rascar en su superficie con las uñas... Pero no: al romperse el aparato, todas aquellas voces privilegiadas, todos aquellos grandes artistas, se habían quedado mudos.

Pancracio sentía esa amargura de la esperanza truncada cuando la esperanza ha sido muy grande. Sólo que él se parecía a las aguas del mar, no sólo en lo salado, sino en que, como éstas, se encrespan y rompen su fuerza en espumas al chocar con un obstáculo, así él, en medio de los mayores fracasos, reaccionaba por instinto

y adoptaba frente a ellos las grandes resoluciones.

—Señores, si ustedes se atreven...—
dijo a don Carlos y a Bastián.

Y se puso en pie de un salto como para indicar que su espíritu también se había puesto de pie.

El americano, con su voz suave, ahora más doliente que nunca, dijo:

—¿Atrevernos?... ¿A qué?

—¡Ea, que yo no me resigno a que nos quedemos sin oír todas esas maravillas!

—¡Qué remedio! Si llamamos un mecánico no nos deja listo ese chisme por lo menos hasta mañana a estas horas.

—No se trata de eso.

—Pues entonces...

—Caballeros, yo vivo un poco lejos de aquí, es cierto; pero yo poseo en mi casa—que es la de ustedes,—un gramófono que, aunque no tan bueno como éste, se deja oír a ratos. Y como para los grandes males se han inventado siempre los grandes remedios, propongo que hagamos una selección de esos discos y, entre los tres, los llevemos a pulso a mi domicilio y ¡duro a la manivela!

Ahora fueron don Carlos y Bastián los que se miraron un poco atónitos. ¿Lo que decía su amigo era una insensatez o un golpe genial?

—¿Qué? ¿Se deciden ustedes?

Don Carlos miraba a su amigo, miraba el montón de discos, se rascaba el maxilar y decía:

—¿Usted sabe, mi amigo, que ese montoncito de discos pesa varias toneladas?

—Se toma un coche.

—Si se encuentra.

El americano creyó del caso dar una lección simpática de heroísmo.

—Por mí, vamos.

—Pues vamos.

Y fueron.

Lo primero era elegir los discos que se habían de llevar. Para cargar con todos hubiera hecho falta, no un coche, sino un camión.

No fué cosa fácil la selección. Había que servir las respectivas tendencias líricas de los tres oyentes. Pancracio colocaba los discos de Caruso por encima de todas sus preferencias; veía él, en el timbre aterciopelado y caliente de la voz del gran tenor, algo recio y nutritivo, como puede haberlo en un entrecot o en un bisté con patatas.

A Bastián, en cambio, le entusiasmaban los discos de conjunto: aquellos impresionados por cuartetos o en que tomaban parte los coros, dándoles un tono de grandiosidad que a veces se confundía con el aullido de una manada de lobos.

Y el dueño de la casa, espíritu suave y tierno, prefería las canciones de un lirismo sentimental un poco llorón, en el que eran maestros indiscutibles un Boncci y un De Lucía.

Como siempre que se trata de dar gusto a criterios diferentes, hubo varias transacciones, cediendo cada uno un poco de lo suyo en beneficio de los demás.

—Esta *Furtiva lacrima* no es ninguna tontería.

—Venga, venga: pondremos también este *Miserere* del *Trovador*.

—¿Quién lo canta?

—Caruso y los coros del Metropolitan de Nueva York.

—¡Una pochez!

De pronto Pancracio, blandiendo en la mano una de las placas de caucho, daba un grito de júbilo salvaje.

—Señores, dejarse esto aquí, sería lo mismo que si nos dejáramos el sombrero o el impermeable en día de lluvia.

—¿Qué es?

—Payasos... Caruso.

—¿El *Vesti la giubba*?

—No: ese ya va, y del segundo acto: el *Non, pagliaccio non son*:

—¡Oh! Ese es estupendo.

Y en seguida, el dueño de la casa, arrimando el ascua a su sardina, decía con interés:

—Pues tampoco debe ser una tonte-ría esta serenata de *El barbero* por De Lucía.

—Venga.

Duró media hora larga el apartado, y cuando lo dieron por terminado, vieron con asombro que era casi la totalidad de la colección de discos la que había pasado al grupo de los elegidos.

Por curiosidad, y también por evitar que sufriera extravío alguno de ellos en el viaje de ida y vuelta, Pancracio los contó.

—¡Ciento cuarenta y tres, señores!

—No vamos a poder con ellos,—dijo don Carlos un poco aterrado.

—A ver...

Pancracio intentó levantar a pulso el montón: pudo, pero no sin algún trabajo. Para que no desanimaran los demás, dijo:

—Hay que tener en cuenta que cada

uno de nosotros no tiene que llevar a pulso de aquí al coche más que la tercera parte de estas rodajitas de salchichón.

Hizo la cuenta mentalmente.

—Falta uno para que toquemos a cuarenta y ocho. Vamos a ponerlo.

Y lo puso. No era cosa de que uno de ellos llevase un peso inferior al de los demás.

Claro que como todos los discos no eran de igual tamaño, la cosa resultaba un poco arbitraria, pero Pancracio añadió a la colección un nuevo disco que ¡oh casualidad! vino a resultar de Caruso.

Ya cuarenta y ocho discos podía llevarlos un rato debajo del brazo cualquier hombre medianamente alimentado. Se organizó la comitiva y, franqueando la puerta del piso y los escasos peldaños de la escalera, don Carlos y sus amigos salieron a la calle.

En el umbral se encontraron al portero de la casa, a quien el americano había mandado en busca de un coche un cuarto de hora antes. Venía algo desolado.

—Señor, no se encuentra un vehículo por todo el distrito.

Era una pequeña contrariedad, pero Pancracio, lleno de ánimos, quiso ayudar a resolverla.

—Vamos andando y seguramente encontraremos uno antes de llegar a la esquina: está probado que los coches y los tranvías se encuentran antes yendo en su busca. Es lo del Evangelio: ya que la montaña no viene a nosotros, vayamos nosotros a la montaña.

Emprendieron la ruta.

El portero les vió marchar un poco aborto. Al reintegrarse a su cubil, y aunque era poco amigo de la murmuración, no pudo menos de decirle a la señá Evarista, su cónyuge perpetua:

—¡ Anda, para que te fies! Todos creíamos en la casa que este señor americano del bajo izquierda era millonario como todos los de allá, y ahora resulta que, para salir de algún apuro, tiene que llevar a empeñar los discos del gramófono como cualquier estudiante.

La cosa no era verdad, pero hay que convenir en que lo parecía de un modo loco.

Pancracio vivía al final de la calle de Ayala.

Y el final de la calle de Ayala—¿para qué nos vamos a hacer ilusiones, lector?—está ya en plena provincia de Guadalajara.

Además, el peso de cuarenta y ocho discos de gramófono, si al principio parece cosa liviana, después, a medida que va pasando el tiempo, y cumpliéndose una ley física, que son las únicas que se cumplen en ciertos países latinos, va aumentando de un modo loco.

Decimos estas dos cosas porque... llevaban ya nuestros amigos recorrido un buen trecho del paseo del Obelisco, y estaban próximos a desembocar en el de la Castellana, cuando aún no habían visto un coche de punto, ni con los ojos de la imaginación.

Ni era fácil que lo vieran.

Bastían, de pronto, aprovechando una parada que hicieron los tres debajo de un árbol para respirar un poco, dióse un golpe en la frente y exclamó, con el mismo aire con que proclamaba uno la solución de una charada:

—¡ Demonio! Pero ¿cómo no me he acordado antes? ¿Es que no lo saben ustedes?

—¿ Qué pasa?

—Una pequeñez: que desde esta mañana a las doce están en huelga todos los cocheros de Madrid.

Pancracio lo sabía, pero en verdad que lo había olvidado. Don Carlos, para quien la noticia era absolutamente inédita, miró a sus amigos como diciéndoles con la mirada:

—¡ Estas cosas no se hacen con un caballero!

Hubo unos momentos de vacilación. Al fin habló el propietario de los discos.

—Bueno, y... ¿qué hacemos?

Pancracio vió que por segunda vez se le estropeaba la tarde, y se propuso luchar denodadamente contra el destino.

—Le advierto a usted que, para volver a su casa, tenemos que andar casi tanto como para llegar a la mía. Estamos aproximadamente, a la mitad del camino.

Mentía como un felón, pero para el éxito de su mentira contaba con el relativo desconocimiento de la topografía madrileña que forzosamente había de tener el peruano.

Y no se engañó.

—Entonces — dijo el buenazo de don Carlos,—adelante.

Y adelante fueron.

Aunque el día no estaba caluroso, empezaron a sudar: al principio tímidamente, con unas perlititas que adornaban las frentes como gotas de rocío matutino en la corola de una flor.—

¡Ay! — Después el sudor fué en aumento y el rocío se convirtió en lluvia.

Pancracio tuvo un rasgo genial; fué un momento de inspiración; y, sin comunicárselo a nadie lo puso en práctica. Se paró en seco, dejó suavemente en el suelo el montón de discos, se arremangó los dos brazos y cogiendo uno a uno los discos, fué haciéndolos rodar por el paseo abajo.

El espectáculo era de verdad divertido. Las ruedas de caucho, como si desearan desquitarse de muchas horas de forzada inmovilidad, emprendieron veloz carrera en dirección del paseo de la Castellana, adelantándose unas a otras en un prurito de velocidades. Ya había llegado la primera—un disco del *O paradiso*, — y las manos de Pancracio seguían lanzando piezas en carrera desenfrenada.

Fué un hallazgo: don Carlos y Bastián, admirados de la inventiva de su amigo, se decidieron muy pronto a imitarle sin hacer comentario alguno. Únicamente Bastián dijo como hablando sólo, mientras lanzaba el primer disco:

—¡Pues es verdad! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

Fué aquello muy pronto un rincón de la amable Grecia. Sabido es que en el Pancracio de Atenas — que no tenía nada que ver con nuestro amigo, el protagonista de esta histórica narración, — eran muchos los jóvenes que se dedicaban al lanzamiento del

disco, entre otros juegos de sport. El discóbolo era allí un pollo tan distinguido como pueda serlo entre nosotros un campeón del fot-ball, o un primera copa del golf.

Y los tres amigos, gracias a la iniciativa feliz de uno de ellos, se convirtieron muy pronto en tres discóbolos con hongo y gabán entallado.

Empezaron las apuestas mutuas.

—Vamos a echar tres a la vez, a ver cuál llega antes—dijo Bastián.

Y lo hacían.

A lo mejor uno de ellos medía mal la distancia, y el disco, antes de llegar a su destino, perdía fuerza, empezaba a vacilar como si estuviera borracho, y terminaba cayendo al suelo de plano.

No se perdía mucho, porque como don Carlos y sus amigos no dejaban de andar, al llegar al sitio del caído lo alzaban amorosamente del suelo, le daban nuevo impulso, y allá iba la romanza o el dúo dando vueltas casi por el aire, en busca de la meta imaginaria.

Y sin otro artificio que éste tan clásico, que es como decir tan sencillo y tan elegante, la colección entera se trasladó a la Castellana, y allí esperó la llegada de su propietario.

Mucho después que ella llegó la comitiva.

—¿Les parece que descansemos un poquito?—dijo don Carlos.

—Si, sí; no hay que forzar la marcha.

Como unos isidros rurales en el mes de Mayo, sentáronse al pie de la estatua de Castelar, que ha venido a sustituir al Obelisco legendario. Ante

ellos, como restos de un bombardeo hecho con puntería no muy diestra, yacían los ciento cuarenta y cuatro discos que tantas maravillas de voz y de arte contenían.

Por capricho de la suerte algunos habían caído encima de otros y formaban así pequeños montoncitos negruzcos; otros, más espaciados, constituían divertidos dibujos, como un encaje fabricado por las manos de un loco.

—¡Linda cosa!—dijo don Carlos.—Hemos hecho una obra de arte.

—Y sobre todo—añadió Pancracio.—¡qué peso nos hemos quitado de encima!

El lector, que es un hombre culto, sabe que el famoso paseo de la Castellana de Madrid forma un verdadero barranco; es decir, una hondonada, una depresión del terreno comprendida entre dos alturas paralelas.

Es decir, que saliendo del paseo, sea a la derecha o a la izquierda, hay forzosamente que subir.

De lo cual resulta que, así como la labor de lanzamiento de discos fué muy fácil para Pancracio y los suyos mientras caminaban cuesta abajo, se presentó algo más difícil cuando, al otro lado del paseo, se trató de ganar el final de la calle de Ayala.

Navegar contra corriente siempre ha sido cosa poco divertida: lanzar un disco rodando cuesta arriba, y lanzarlo con éxito, no es empresa que

esté al alcance de cualquier improvisador.

Sin embargo, era forzoso hacerlo. No era cosa de quedarse allí, a mucho más de la mitad del camino, y después de un descanso relativamente largo, los expedicionarios tornaron a emprender su viacrucis, cada uno cargado con su respectiva cruz.

Para atravesar el paseo volvieron a coger bajo el brazo el montón de rodajas líricas. Y entonces un nuevo peligro y una nueva dificultad se presentó.

Hacía una buena tarde de sol, y los andenes del hermoso paseo se veían bastante poblados de paseantes; y entre ellos, como es natural, había gente de todas clases, de todas las edades y... de todo humor.

Realmente era pintoresco el aspecto de aquellos tres señores con su carga; como no habían tenido la precaución de envolver los discos en algún lienzo o papel, se veía muy claro de lo que se trataba.

Y muy pronto empezaron las frases sueltas, las alusiones delicadas, las leves chirigotas de un humorismo del arroyo.

—Oye, mira esos: van a dar un concierto.

—Pero si no los toman, ¡cacho de primos!

—¿Vais a peñaranda?

—Dos pesetas, uno con otro.

—No sacáis ni para el tranvía.

—¿Es una promesa?

—Habeis cargao para un rato.

El público se iba arrimando poco a poco y, en justa correspondencia, nuestros amigos aumentaban su azo-

ramiento. El corto camino, hasta llegar a la calle de Ayala, se les iba alargando como si fuera de goma y alguien tirara de él con violencia.

Hubo un momento en que se vieron materialmente rodeados de una turba de chicos y de jovencuelos que ahora ya gritaban a coro.

—¡Que los enseñen!

—¡Que los toquen! ¡Que los toquen!

Don Carlos miraba a Pancracio con apuro y como diciéndole:

—¿En qué lío me ha metido usted, amigo mío?

Una pareja de guardias, enviada sin duda por el cielo, surgió de improviso. Su presencia fué un bálsamo para los jóvenes de los discos; abrigados por ellos llegaron a la esquina de Ayala, y una hora después llegaban a la puerta del piso ocupado por Pancracio.

Más que de oír música tenían ganas de que les dieran unas friegas en brazos y piernas y les dejaran tumbarse libremente en la cama.

Pancracio, al día siguiente, se decidió a salir de dudas.

Y el único medio era ir en busca de aquellos señores que, unas noches antes, en el recibimiento de casa del peruano, le habían citado para hablarle de un asunto de interés.

Tenía la tarjeta con las señas y fué en su busca.

En el despacho del almacén de mue-

bles sólo estaba uno de ellos, que le recibió con toda amabilidad, pero le suplicó que, para hablar del asunto, esperase la llegada por lo menos de uno de sus socios.

—¿Tardará mucho? — preguntó el joven, algo escamado ante la pachorra del mueblista.

—No lo creo.

—¿Como cuánto?

—Pues... una media horita. Ahora está en el café de Lisboa jugando su habitual y diaria partida de mus.

—¡Caray! Y ¿no se le podría mandar recado?

Le miró el comerciante como si acabase de decir una blasfemia y un disparate, todo junto.

—¿Llamarle?

—¡Claro! Para hablar de negocios bien puede...

—No vendría. Mi socio don Agustín no interrumpiría su mus ni aunque le dijeran que estaba ardiendo esta casa.

—¡Ah, vamos, ya! Es un tranquilo.

Pero Pancracio tuvo suerte. Por lo visto hoy el juego había durado menos, porque, a los cinco minutos del diálogo anterior penetró en el despacho el tal don Agustín.

—¡Hombre! Aquí le tiene usted,— dijo el otro.

Pancracio le recordó en seguida: era uno de los tres que se había presentado aquella noche en casa del peruano, y era también, en unión del que faltaba, el dialogante del Teatro Real durante el acto de San Sulpicio.

Por lo que se vió en seguida, a más de un excelente jugador de mus, era el orador de la comandita. Porque

fué él el encargado de hablar y exponer...

Pancracio empezó a oír un relato que, para él, tenía todos los caracteres de un cuento chino. Oía cosas absurdas que se referían a su persona, veía su nombre mezclado en una historia que no conocía, pero cada vez que se preparaba a protestar, a deshacer el error, el orador le interrumpía y, con tono muy cortés, pero muy enérgico, le decía:

—¿Quiere usted permitirme que e acabe? Son dos palabras.

El muchacho oía hablar de unos muebles que él había comprado y que se había hecho llevar a su casa del paseo del Obelisco: por detalles sueltos comprendía muy bien que aquellos muebles eran los que, poco a poco, semana por semana, habían ido adornando el cuarto de soltero del peruano.

—Como usted nos ha pagado su cuenta hasta el último céntimo, y sin regatear, nosotros nos vemos ahora ante un verdadero conflicto. ¡Ah, cuánto daríamos, mis socios y yo, porque usted fuera uno de esos traposos vulgares que tanto abundan, y nos debiese ahora parte o toda la factura!

Pancracio era la primera vez que oía hablar así a un comerciante. ¿Si estaría él en presencia de algunos chiflados, que, de buena fe, le estuvieran haciendo juguete de sus chifladuras?

—El caso es grave, créame usted. Porque resulta que casi todos esos muebles que usted se ha llevado, y desde luego los mejores y más caros, por una torpeza del encargado, a quien

ya hemos puesto en la calle, se los teníamos ya vendidos a la marquesa de Vivaelrumbo, que es cliente de la casa desde los tiempos de Narváez. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué haría usted en nuestro caso?

El joven estuvo un rato silencioso, como gozándose en su mudez. Al cabo de él dijo:

—¿Se puede hablar?

—Se puede.

—Pues yo lo único que tengo que decir es que no sé de lo que me hablan ustedes.

—¿Cómo?

—¿Qué dice usted?

—Lo que ustedes oyen. Ni una palabra.

—Pero vamos a ver: ¿usted no vive en el paseo del Obelisco?

—No, señor.

—¿Usted no se llama don Pancracio Ansúrez?

—Sí, señor.

—¿Usted no ha enviado a esta casa varias veces a un señor bajito, rechoncho, con barba, a que le comprara unos muebles, que ha pagado religiosamente?

—No, señor.

—Entonces, ¿esto es un lío?

—Sí, señor.

Aquel día no era lunes, y por lo tanto Pancracio no iba a la casa del paseo del Obelisco con malas intenciones: es decir, que no iba a comer de gorra.

Eran las seis de la tarde y tuvo la fortuna de encontrar a don Carlos recién levantado y enfundado en su pijama.

El peruano creía sin duda que todo visitante que llegaba a su casa, si no era obsequiado al instante con una copita de algo, era como si recibiera una ofensa.

—¿Tomaremos un cognac?

—Tomaremos lo que usted quiera.

El criado vino con una botella llena de licor rubio, en cuyo fondo quería Pancracio encontrar la verdad.

Pero no sabía cómo empezar. Don Carlos empezó a hacerle preguntas banales.

—Y ¿qué le ha traído por aquí a estas horas, mi amigo?

—Pues me ha traído... el tranvía.

—¡Muy ingenioso! Usted siempre con su buen humor inalterable.

—Siempre. Sobre todo en los finales de mes.

No se encarrilaba el diálogo en el sentido que Pancracio deseaba. Al fin, trayendo la ocasión por los cabellos, dijo, refiriéndose al mueble en que se hallaba sentado.

—¡Qué cómoda es esta otomana! Se ha gastado usted un capital en muebles en poco tiempo.

—Alguna plata no más.

—Sí, claro. Ya supongo que no los habrá usted pagado en calderilla. Y... ¿cómo ha hecho usted las compras? ¿Iba usted en persona al almacén para elegir?

—¡Ah, claro!

—Y... ¿daba usted su nombre?

El joven hizo la pregunta con cierta timidez: con la natural timidez del

que teme que le averiguen la intención con que pregunta.

El otro se le quedó mirando con una mirada que era una confesión: había en ella asombro, petición de perdón, miedo también, como si no estuviera seguro de que Pancracio no le había de dar a la cosa más importancia de la que realmente tenía.

Al fin riéronse los dos a la vez, y fué el de Ultramar el que habló primero.

—¿Cómo se ha enterado usted?

—No; si yo, en rigor, no me he enterado de nada. Es que...

—Y le contó al detalle todo lo que le había ocurrido con los mueblistas.

Don Carlos se entregó en un arranque de sinceridad.

—Perdone usted, amigo Ansúrez. He sido un niño: he debido contarle a usted todo desde el principio.

—¡Por Dios!

—Es que yo... La historia es un poco larga, pero usted sabrá oirla con paciencia, ¿verdad? Para que el relato se le haga más corto lo amenizaremos con otro poco de cognac.

—Venga de ahí.

El mismo llenó las copitas hasta rebosar. Bebió a sorbitos, y empezó el *raconto*. Pancracio sentía un gran interés por saber en qué acababa todo aquello.

—Usted habrá oído hablar alguna vez del tesoro de los Incas.

¡Caray! Lo tomaba desde un poco lejos el buen peruano, pero era forzoso seguirle la corriente.

—Sí, he oído hablar, pero yo no he visto nada.

—Ni yo tampoco: con sinceridad le

diré que no creo que nadie haya visto algo en este asunto. Lo cierto es que hace un año, allá en Lima, mi patria, yo escribí una obrita de teatro que se llamaba así.

—¿Cómo?

—“El tesoro de los Incas”.

—Ah, ya...

—No tenía nada de particular: era una especie de sainete, con algunos toques de revista, y en ella se hacían algunas alusiones mortificantes a un político muy influyente de allá... Acaso el más influyente de todos.

—¿Alusiones políticas?

—Sí, claro: se le llamaba ladrón, zamacueco, homicida, y se daba a entender que había estado en presidio por hacer moneda falsa.

—¡Demonio!

—Allá la política la hacemos así; es todo pasión.

—Ya, ya...

—Bueno; lo cierto fué que este hombre me tomó un poco de asquito y, como ya le he dicho que es muy influyente, juró exterminarme, como si yo fuera una plaga de langosta.

—Los hay que son leopardos.

—Entonces, un buen amigo, me hizo saber confidencialmente la necesidad de que yo me ausentara del país por una temporada. Yo le hice caso y me vine a España.

—Es decir, que ha venido usted huyendo de la quema.

—Sí, huyendo: no me da vergüenza decirlo.

—¿Y por qué había de darle?

—He tomado mis precauciones; no es que viaje con nombre supuesto, porque eso me parece ridículo, pero

a lo mejor, cuando menos pienso en ello me encuentro espiado, vigilado; siempre a distancia, eso sí, pero vigilado.

—¿No será eso un temor gratuito de usted?

—¡Ah, no! No son fantasmas. Mi enemigo tiene agentes en toda Europa, y ellos saben que yo estoy acá.

—Bueno ¿y qué?

—¡Ah! No es que yo me oculte, pero... me conviene que crean que no tengo dinero. Eso sí; si ellos supieran que manejo fondos, que alquilo pisos, que compro muebles, que protejo señores, harían todo lo posible por convertirme en cadáver.

—¡Caray!

—¿Qué se pensaba? Es su venganza: sábenme pobre, emigrado sin linda perra, que es la más triste emigración que se conoce.

—Voy comprendiendo. Y usted, para huir de la muerte...

—Yo, que soy para usted, y para mis otros amigos, el bueno de don Carlos, siempre que tengo que hacer alguna compra, algún gasto que me obliga a dar el nombre, me convierto en don Pancracio Ansúrez... es decir...

—En mí.

—Eso es. He elegido su nombre entre todos los de los amigos porque usted me resulta el más simpático de todos ellos.

—Muchas gracias.

—Además, me parece usted el más serio, el más formal; creía yo, y así ha sido, que era el que más confianza había de inspirar en todas partes. Usted no tiene idea del dinero que Pan-

cracio Ansúrez ha gastado estos últimos meses en Madrid.

—Pues es una lástima que yo no lo haya sabido antes.

—El arriendo de este piso está hecho en su nombre; los muebles que hay en él son oficialmente suyos, y la vajilla, y el gramófono...

—¿También el gramófono?

—¡Vaya! Con todos los discos.

—Encantado.

—Si usted, en vez de ser como es, un caballero, fuera otra cosa, podía echarme de esta casa, hacerse el amo de ella.

—¡Por Dios, don Carlos!

Y mientras Pancracio protestaba furiosamente, como si la sola suposición del peruano fuera una ofensa, pensaba para sus adentros, pero muy adentros:

—Pues no es ninguna tontería lo que dice este señor.

¡Qué había de serlo! ¡Ni muchísimo menos!

—¿Sabe que me marchó a mi país?

Esto le soltó don Carlos a su amigo Pancracio como un escopetazo,

cuando entró en su casa a los quince días de la conversación anterior.

—Sí; me voy. Mi enemigo ha muerto y ya puedo volver allá. Lo único que siento es que, por muy pronto que me vaya no llegaré a tiempo de asistir a su entierro.

—Conque ¿nos deja usted? Y ¿qué hace con la casa?

—Se lo iba a decir, amigo Ansúrez: necesito de usted un gran favor.

—Usted dirá.

—Yo quiero salir dentro de tres días, y ese tiempo, si intento vender los cuatro trastos que tengo aquí, con las prisas me van a dar por ellos seis reales. ¿Quiere usted encargarse de la operación cuando yo me marche, y, cuando tenga el dinero, sin apresuramientos, me lo gira a mi país?

Pancracio le dió un abrazo.

—Vaya usted tranquilo, mi buen amigo. Deja usted aquí un terranova.

Ha pasado un año y, entre los pocos giros que han salido de España para el Perú no figura ninguno enviado por Pancracio Ansúrez.

Este se ha instalado en su casa del paseo del Obelisco y ahora el señor bien amueblado no es el peruano: es él.

Y sin gastar una peseta, que siempre emociona.

Joaquín Belda.



PECHOS

Desarrollo, belleza y crecimiento en dos meses, con

PILDORAS CIRCASIANAS, Doctor Brún.

¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pías. frasco. **MADRID**, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; **ZARAGOZA**, Jordán; **VALENCIA**, Cuesta; **MURCIA**, Selquer; **ALICANTE**, Aznar; **SEVILLA**, Espinar; **SAN SEBASTIAN**, Tornero; **VIGO**, Sádaba; **SANTANDER**, Sotorrio; **MÁLAGA**, "Centro Farmacéutico"; **VALLADOLID**, Llano; **BILBAO**, Barandirán. Mandando

650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Descuadra de las imitaciones.

DOLOR REUMÁTICO

Nada como milagroso **ACEITE DE BOMBAY**, de fama mundial. 69 años de excelentes resultados.

¡OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pesetas frasco. Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítase contra pts. 8. Representante: Pousarxer. Apartado 481. Barcelona.

Aceites y grasas

-:- lubricantes -:-

*Insuperable
para
el engrase
de
los autos*

SUCESORES DE

E. Steinfeldt

OLEO-MOTOR



*Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 984
MADRID

**DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUMCION, CLOROSIS
CONVALENCIA**

ANEMIA

VINO
Y JARABE
Hémoglobine
Deschiens

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de Sangre **OURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne cruda, á los ferruginosos, etc. De salud, fuerza. — **PARIS**.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los domingos :~: 15 céntimos.

Ayuntamiento de Madrid

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedit prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

PASTA DEPILATORIA DUSSER

Casi Centenaria

*es y será siempre el solo producto
inofensivo y eficaz a emplearse para
destruir el vello inoportuno y feo.*

1, Rue Jean-Jacques Rousseau, PARIS

EN BARCELONA

Alrededor del Mundo

tiene un centro establecido en el «kiosco Colón», Plaza de Cataluña, frente al Paseo de Gracia.

Fume V. papel

La Lidia

MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 66, 73 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

San Bernardino, 3
MADRID.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

==== Precio del número: 25 céntimos. ====